

EL CONDE

Cada cual, chiquillas, es como es, y no puede ser de otra manera. ¡Y yo que no veía diferencia entre vosotras! Ahora, no sólo os distingo, sino que os considero con absoluta desigualdad. Ya separo vuestros caracteres, separo vuestras voces, separo vuestras almas... Sois el día y la noche, el alfa y la omega... la... No, no os digo lo que pienso, pobrecitas; no me entenderiais.

ESCENA V

EL CONDE, NELL y DOLLY, EL CURA; después D. PÍO

EL CURA

La paz sea en esta casa.

EL CONDE

Curiambro, buenos días... Yo bien, ¿y tú?

EL CURA

Pasando... Ya me enteré... Venancio y Gregoria se han llevado un mediano rúspice. No se repetirá el disgusto; yo se lo aseguro al noble *león de Albrit*.

EL CONDE

El león de Albrit, que no teme las fieras, pero siente repugnancia de las alimañas inferiores, tendrá que buscar otra cueva.

EL CURA

Á propósito de cuevas, el Prior de Zaratán, que, entre paréntesis, quedó ayer encantadísimo de la exquisita cordialidad con que usted le recibió, nos invita hoy á tomar un bocadillo en su Monasterio.

EL CONDE

¿Á mí también?

EL CURA

Á usted principalmente. Iremos Monedero, Angulo y yo, en calidad de séquito, de cortesanos ó chambelanes de Vuestra Señoría, por no decir Majestad.

EL CONDE

Gracias... Pues no me opongo. Á cortesía nadie me gana. Visitaré gustoso el Monasterio.

EL CURA, á Nell, que le hace señas.

No, si vosotras no vais. No queremos estorbos. Además, Vicenta Monedero, por mi conducto, os invita á comer en su casa, y á pasar allá la tarde.

EL CONDE

¿La Alcaldesa?

EL CURA

Celebra su fiesta onomástica... Allí tendréis á toda la juventud florida de Jerusa.

DOLLY

Lo siento... Mejor me estaba yo todo el día en mi cocinita.

NELL

¡Tonta, si el abuelo no ha de comer aquí!

EL CONDE

¿Cómo no?

EL CURA

Seguramente, los señores frailes no nos soltarán á dos tirones. Me figuro el convitazo que habrán dispuesto, algo así como las bodas de Camacho, ó los festines de Lúculo. Ea, chiquillas; hoy secuestro al león. Yo cuidaré de que no se aburra lejos de vosotras.

DOLLY

Malditas ganas tengo yo de festejo.

NELL, gozosa.

Sí que iremos. Nos divertiremos mucho.

EL CURA

Nell es más sociable que Dolly... (Á Dolly.) Pero, tonta, ¿no te avergüenzas de que te vean tiznada?... ¡Uy! ¡cómo apestas á cebolla!

DOLLY

Mejor. Pues á usted bien le gusta que le den comiditas buenas... y bien se regodea y se relame.

EL CURA

Veremos lo que te dura esa ventolera de los afanes domésticos... (Mira al Conde como pidiéndole su parecer; pero D. Rodrigo, profundamente abstraído, no atiende á la conversación.)

EL CONDE, con una idea fija.

Cada cual, según es...

D. PÍO, con timidez, desde la puerta.

¿Dan permiso?

EL CURA

Adelante, gran Coronado.

DOLLY

Hoy no hay lección, Piito. Tengo mucho que hacer.

NELL

¡Qué gracia! El juego de las comiditas. (Al Cura.) Pues hoy me da á mí por estudiar de firme, ea.

EL CURA

¡Bravísimo!

NELL, con estímulo de amor propio.

Quiero aprender, quiero instruirme. La ignorancia me avergüenza, y empieza á estorbarme. Hoy estudiaré por las dos. ¿Te gusta, abuelito?

EL CONDE, divagando.

Cada una, según su natural...

D. PÍO, á Nell.

¿Vamos?

DOLLY

Yo, á mis cacerolas.

NELL

Y yo, á darle la jaqueca á D. Pío.

EL CURA

Y yo, á ponerme de acuerdo con el Alcalde sobre la hora á que hemos de salir. (Dando su mano al Conde.) Vendremos por usted.

EL CONDE

Hasta luego, hijo.

EL CURA, á las niñas.

Cuando terminen, la una sus lecciones, la otra su trajín, prepárense para la fiesta de Vicenta. Que os pongáis bien guapas, ¿eh?... Cuidado, chiquillas, que representáis en el mundo la gloria, la nobleza, la tradicional elegancia de Albrit.

DOLLY

Bueno, bueno. Estamos enteradas. (Se detiene, esperando que el abuelo le diga algo.)

EL CONDE

Dolly...

DOLLY, presentando su mejilla.

Abuelito...

EL CONDE, besándola.

No estoy enfadado contigo. ¿Y tú conmigo?

DOLLY

Lo estuve... pero ya pasó... (Vase gozosa.)

EL CONDE, tomando el brazo de Nell.

Nell, aguarda... Quiero asistir á tu lección. Llévame, hija mía.

(Entran en la casa, seguidos de D. Pío.)

ESCENA VI

Dormitorio del Conde.

EL CONDE, que entra; DOLLY, barriendo.

EL CONDE

¿Qué haces, chiquilla?

DOLLY

Ya lo ves: arreglándote la leonera. ¿No has reparado que esa bribona de Gregoria, ni limpia aquí, ni barre?... Toda la casa la tiene como una tacita de plata, menos esta alcoba tuya, que debiera ser el sagrario...

EL CONDE

Hija mía, como no veo bien...

DOLLY

Te digo que la maldad de esta gente me subleva... Entérate de lo que he dispuesto. Entre

la Pacorrita y yo hemos traído el lavabo bueno, que esos indinós quitaron de aquí para ponerlo en nuestro cuarto. Luego te mudaremos la cama, poniéndola en aquel rincón, para que estés más resguardadito del aire que entra por las rendijas de la ventana.

EL CONDE, embelesado.

¡Admirable! ¿Y á ti se te ha ocurrido todo eso?

DOLLY

Todito ha salido de esta cabeza.

EL CONDE, besándola.

¿Y has acabado ya tus guisotes?

DOLLY

Como te vas á comer con los frailes, he suspendido lo que tenía preparado para hoy. Pero mañana te haré una cosa muy rica, que á ti te gusta mucho.

EL CONDE. (Se sienta; la abraza.)

Eres un ángel... Lo uno no quita lo otro. Cabe en lo humano que seas lo que eres... y al propio tiempo criatura inocente, buena... quizás rematadamente buena. ¿Verdad que sí?

DOLLY

Pero tú no me quieres.

EL CONDE, confuso.

Sí te quiero. Es que...

DOLLY

No vayas á creerte que hago yo estas cosas porque me quieras. Pégame, y haré lo mismo. Las hago porque es mi deber, porque soy tu nieta, y no puedo ver con calma que á un caballero como tú, poderoso en otro tiempo y dueño de toda esta comarca, le desatiendan gentes groseras, que no valen lo que el polvo que llevas en la suela de tus zapatos.

EL CONDE, con viva emoción.

Deja que te bese una y mil veces, criatura. ¿Con que tú...?

DOLLY

Y á esos indecentes, que no se acuerdan de la miseria que tú les remediaste, ni de que crecieron, yerbecitas chuponas, en el tronco de Albrit; á esos puercos, arrastrados, canallas, les estaria yo dando en la cabeza con el palo de esta escoba, hasta que aprendieran á respetar al que honra su casa sólo con pisar en ella.

EL CONDE, empañada la voz por la emoción.

¡Y tú... tú piensas eso!

DOLLY

Y lo digo... y lo hago... Esta noche, cuando vuelva del convite, te arreglaré toda la ropa, que la tienes bien destrozadita. Esa pánfila de Gregoria no da una puntada en tu ropa. Fíjate en la de Venancio, que parece un duque.

EL CONDE. (Cruza las manos y la contempla extático, tratando de estimular la visión en sus ojos enfermos.)

¡Y lo haces por mí, por mí!

DOLLY. (Se sienta á su lado, la escoba entre las manos.)

Sabiendo que me quieres menos que á Nell. Reconozco que Nell lo merece más que yo, porque es más fina... y además tan buena...

EL CONDE, algo turbado.

Pero á ti... á ti te quiero también. Dime la verdad: ¿te incomodaste porque no te dejé subir conmigo?

DOLLY

¡Vaya con el desprecio que me has hecho... dos noches seguidas! La primera vez, D. Carmelo y el Médico, que cenaron aquí, me consolaban... Pero anoche... ¡ay! me entró tal tristeza, que no pude dormir, y los ratos que dormí tuve sueños muy malos.

EL CONDE

¿Qué soñaste? Á ver si lo recuerdas.

DOLLY, con emoción un tanto picaresca.

Pues soñé... Primero soñé que tú eras malo... ¡Ya ves qué desatino! Después soñé que entraba en nuestro cuarto mi papá... con una cara tan triste, tan triste... y se llegaba á mi cama, y me daba muchos besos...

EL CONDE

Antes iría á la cama de Nell...

DOLLY

Ni antes ni después... Yo soñaba que Nell no dormía en mi cuarto. Ya ves. Otro desatino.

EL CONDE

¿Y no te dijo nada tu papá?

DOLLY

Sí: algo me dijo, juntando su cara con la mía; pero no puedo acordarme: de esto sí que no me acuerdo... ¡Luego hablaba tan bajito, tan bajito...!

EL CONDE

Es lástima...

DOLLY, con donaire.

No hagas caso. Lo que soñamos es todo mentira, ilusión.

EL CONDE

No aseguro yo tanto. Mi vejez resulta más candorosa que tu infancia. Yo creo en los sueños.

DOLLY

¡Pues cuando tú lo dices...! (El anciano cae en profunda meditación. Dolly le observa cariñosa, esperando que reanude la conversación.) ¿Qué tienes, papaito? ¿Por qué estás triste?

EL CONDE

Hija mía, tu charla inocente, tu ingenuidad, tu alma, que sale con tu voz, y aletea en tus

resoluciones, hacen en mí el efecto de un tremendo huracán... ¿no entiendes?... sí, de un huracán que me envuelve, me arrebat, me arroja en medio de la mar...

DOLLY

¡Abuelo...!

EL CONDE, levantándose, consternado.

Sí: aquí me tienes forcejeando en medio de este oleaje de la duda. Una onda me trae y otra me lleva... y yo... ahogándome sin morir en esta inmensidad negra y fría... ¡Oh, no puedo vivir, no quiero vivir!... Señor, ó la verdad ó la muerte... No te asustes, niña querida. Son arrebatos que me dan. Tras esta duda quizás venga la certidumbre que deseo, que pidó á Dios con toda mi alma; certidumbre que no será la que perdí: será otra, qué sé yo... (Con intensa ternura.) Dolly, ¿dónde estás? Ven á mí; suelta la escobita y abrázame. (La abraza estrechamente y la besa llorando.) Si eres tú, porque lo eres... si no, porque... no sé por qué... porque sí... no lo sé.

ESCENA VII

EL CONDE, DOLLY, EL CURA

EL CURA, en la puerta.

Pero, señor *león de Albrit*, ¿se olvida de que abajo estamos esperándole?

EL CONDE, limpiándose las lágrimas.

Voy... Perdona... me entretuvo esta chiquilla.

EL CURA, dando prisa.

No nos sobraré el tiempo.

DOLLY

Adiós, abuelito. Toma tu palo y el gabán. (Le da ambas cosas.) El día está bueno. Te divertirás mucho.

EL CONDE, resignado, dejándose llevar.

Adiós, hija mía. Quieren que vaya á Zaratán... Pues á Zaratán. Hasta la noche.

ESCENA VIII

Monasterio de Zaratán (Jerónimos).

Hállase situado en un fértil llano, con ligera inclinación y corriente de aguas hacia el Mediodía. Lo resguardan de los vientos septentrionales el verde muro de una selva espesísima, y la fortaleza de un monte, estribación de la sierra que por el Este se extiende en escalones hasta la mar. Rodéanlo frondosas arboledas de sombra, adorno y fruto, y tierras de cultivo y pasto, cerradas por tapia ó setos vivos, en extensión considerable.

La construcción románica de la iglesia y de parte del convento aparece bastardeada, y en algunos puntos ridículamente sustituida por horribles superfetaciones del pasado siglo, de una imbecilidad que causa enojo y tristeza. En el frontis de la iglesia, en distintas puertas y ventanas, campea el escudo de Albrit, león rampante con banderola en la garra, y el lema: *Potestas Virtus*.

No lejos de la fachada de la iglesia, separado de ella por anchurosa calle de chopos viejos, podados, llenos de jorobas y arrugas, está el portalón de ingreso. En una

plazoleta mal pavimentada de losetones verdinegros y resbaladizos, que fuera de él se extiende, se para el coche que conduce al Conde de Albrit y su acompañamiento. Sale toda la Comunidad á recibirle, con el Prior á la cabeza.

EL CONDE DE ALBRIT, EL CURA, EL MÉDICO,
EL ALCALDE, EL PRIOR Y MONJES

Es el Padre Maroto varón toseco y agradabilísimo, con sesenta años que parecen cincuenta; ni bajo, ni flaco, ni gordo, admirablemente construído por dentro y por fuera, con equilibrio perfecto de músculos, hueso y cualidades espirituales. La ingeniosa Naturaleza supo armonizar en él, como en ninguno, la potente estructura corporal con la agudeza del entendimiento. Su índole nativa de organizador y gobernante en todo se revela; pero reviste tan hábilmente de dulzura y gracia el báculo de su autoridad, que ni siquiera duelen los estacazos que suele aplicar á los díscolos de su córto rebaño. Sin su energía, actividad y metimiento prodigioso, el fénix de Zaratán no habría renacido de sus cenizas.

EL CONDE, muy afectuoso, contestando con exquisita urbanidad al saludo de bienvenida que en el portalón le dirige el Prior.

Me anonada usted, señor Prior, saliendo á recibirme con la dignísima Comunidad... Vamos, que esto es hacer de mí un Emperador Carlos V.

EL PRIOR

Para nosotros, imperio ha sido la casa de Albrit, y las glorias de Zaratán se confunden en la historia con la grandeza de los Potestades. (Entran en la calle de chopos jorobados; detrás, respetuosamente, el séquito civil y frailluno.)

EL CONDE, con tristeza.

¡Oh, grandezas desplomadas!... Albrit y Lain no son ya más que polvo y ruinas. (Pausa solemne.) Y agradezco más los honores que en esta ocasión se me tributan, porque veo en ellos un absoluto desinterés. Señor Prior de Zaratán, el último Albrit no puede corresponder á tan noble agasajo con ninguna clase de beneficios. Es pobre.

EL PRIOR

Nosotros también. En los tiempos que corren, no hay más riquezas que la virtud y el trabajo, y más vale así.

EL CONDE, parándose con intento de admirar las hermosas campiñas que á un lado y otro de la chopera se ven.

Admirable cultivo. Esta santidad agricultora es un encanto... y un gran progreso, el único progreso verdad.

EL PRIOR

Trabajamos porque Dios lo manda. Dios quiere que no cultivemos sólo el cielo, sino la tierra; la tierra, que es el complemento de la fe.

EL CONDE

Y, como la fe, la tierra no engaña. Ella nos alimenta vivos; muertos nos acoge...

(Entran en el convento, y pasan á una sala cuadrilonga, en cuyas paredes se ven rastros de un fresco decorativo, que borroso asoma por entre los remiendos de yeso. La sillería es moderna y ordinaria porque los monjes no

tienen para más. El Prior hace al Conde la presentación de los Padres más ancianos, ó más significados por sus talentos. El uno es notable por su facultad oratoria; el otro despunta en la agronomía; aquél es teólogo insigne; estotro, arquitecto. No falta el organista ni el veterinario, que al propio tiempo es algo canonista, y muy buen castrador de colmenas. Terminadas las presentaciones, el Prior quiere obsequiar al Conde y acompañamiento con un Málaga superior, que le han enviado de su tierra para celebrar. Acéptalo el Conde con galantería, y D. Carmelo con júbilo. Sirve un lego, y catan todos del finísimo licor.)

EL ALCALDE, repantigado en un sillón.

¡Compadres, vaya una vida que se dan ustedes!

EL CURA, repitiendo.

¡Bendita sea la cepa que da este caldo! Debe de ser la que plantó Noé.

EL MÉDICO, en voz baja á un fraile, con quien platica.

Conviene que vea y aprecie las excelencias de Zaratán bajo el punto de vista de la vida orgánica y de las comodidades, porque, como buen aristócrata, se inclina al sibaritismo.

EL ALCALDE, á un monje que despunta en la agronomía.

Dígame, compañero, ¿de dónde demonios han sacado ustedes la simiente de esa remolacha forrajera que he visto en algunos tablares?

EL FRAILE, con acento italiano.

Es de Lombardía, y también el *grano turco*.

EL ALCALDE

¿Qué es eso?... ¡Ah!... el maíz... Buenas cañas. Me han de dar ustedes unas mazorcas. Pues ¿y la alfalfa? Dan ganas de comerla... También quiero simiente... Yo no ando con repulgos; soy muy francote... barro para adentro... Verdad que también doy cuanto tengo... el corazón inclusive... (Pasando junto al Conde.) Señor D. Rodrigo, yo que usía, francamente, me dejaría ya de hacer el caballero andante, y me vendría á vivir con estos compadres, que me parece... vamos... que no lo pasan mal.

EL PRIOR, que, descuidándose á veces, emplea los tratamientos italianos.

¡Oh!... si *monseñor* viviera con nosotros, nos honraria extraordinariamente.

EL CURA, repitiendo.

Yo... se lo he dicho... ¡las veces que se lo he dicho!... Pero no quiere hacerme caso... El se lo pierde.

EL PRIOR

Eccellenza, otra copita.

EL CONDE

No... Muchísimas gracias.

EL MÉDICO

No puede desechar el recelo de que en Zaratán carecería de libertad. ¿Verdad, señores, que aquí estaría tan libre como en su casa?

EL PRIOR

Viviría en la más hermosa y abrigada celda que tenemos; comería lo que más fuese de su agrado; se pasearía de largo á largo por nuestros plantíos y praderas, y estaría dispensado de asistir á los oficios, y de ayunos y penitencias. Si esto no es buena vida, que me traigan al que descubra otra mejor.

EL CURA, repitiendo.

Su edad exige cuidados exquisitos, que aquí tendría como en ninguna parte.

EL CONDE, con afabilidad.

Señores míos, yo agradezco infinito su solícitud, y me siento orgulloso del afecto que me muestran, deseando tenerme en su compañía. Lo agradezco en el alma; pero no puedo acceder á sus nobles deseos, no y no. Y rechazo la oferta, no por mí, sino por la Comunidad, por lo mucho que la quiero, la respeto y la admiro.

EL MÉDICO, aparte á un fraile.

¡Viejo más marrullero!...

EL ALCALDE

Veremos por dónde sale.

EL CONDE

Estoy bien seguro de que los señores monjes, á los pocos días de alojarme aquí, no me podrían

aguantar, y renegarían de haberme traído. Créanlo: tengo un genio imposible.

EL PRIOR

¡Eccellenza... por Dios...!

EL ALCALDE, volviendo al grupo distante.

¡Zorro de Albrit, remolón pamplinero, si acabarás por venir aquí y tomar lo que te den, aunque sean sopas!

EL CONDE

Sí, soy inaguantable. Cuando no ha podido domarme el infortunio, ¿quién me domará?

EL PRIOR, echándose á reir y palmoteándole en el hombro.

Yo... sí, *monseñor*, yo... ¡También suelo gastar un geniecillo!...

EL CURA, repitiendo.

La dulzura, el tacto, el don de gentes del Padre Maroto, son una garantía de concordia... Vivirán en santa paz.

EL CONDE

Además, hay otro inconveniente. En mi vejez triste no puedo vivir sin afectos; me moriría de pena si no pudiera tener á mi lado á mis nietecillas, una de ellas por lo menos, la que escogiera yo para mi compañía.

EL ALCALDE, en alta voz.

Pues que las traigan. Es lo único que falta en Zaratán para que esto sea completo: un par de niñas...

EL PRIOR

¡Ah! eso no. Aquí no pueden vivir mujeres. Las señoritas le escribirían con frecuencia.

EL CURA, repitiendo, sin beber, y aplicándose, con finura, la palma de la mano á la boca.

Ya se iría *jaciendo*. Y alguna vez podrían las niñas venir á visitarle.

EL CONDE, un poco molesto.

Que no me conformo. ¿Cuántas veces he de decirlo?

EL PRIOR

Sí, sí... No se hable más.

EL CONDE, con fina marrullería.

No desconozco la fuerza de las razones expuestas para convencerme. Ni quiero que vean ustedes en mí un hombre terco, atrabiliario y desagradecido... No, Prior; no, amigos míos. Mal genio tengo; pero de las tempestades de mis nervios suele surgir el juicio sereno y claro. Hermoso es Zaratán, simpáticos y agradabilísimos el Prior y sus dignos cofrades. ¿Quieren tenerme por compañero y amigo? No digo que sí; no digo que no... No debo aparecer ingrato, ni tampoco ansioso de un bien que no merezco.

EL PRIOR, repitiendo los palmetazos afectuosos.

¡Si al fin, *monseñor*, hemos de comer juntos muchos potajitos... y nos hemos de pelear aquí... como buenos hermanos!

EL ALCALDE, dando resoplidos.

¡Si digo que...!

El Médico y el Cura cambian una mirada de satisfacción. Propone el Prior enseñar la sacristía, y dar un paseo por la huerta antes de comer, y á todos les parece idea felicísima. Aunque el buen Albrit ve poco, se presta con galana urbanidad á que le muestren prolijamente las imágenes, los ornamentos, los vasos sagrados. El pobre señor, en obsequio á los bondadosos frailes, hace como que lo ve todo, y con discreta lisonja de buena sociedad, todo lo admira y alaba, hasta que el Prior, abriendo un estuche, saca de él un cáliz y se lo enseña, diciéndole: «Esta hermosa pieza es donación de la Condesa de Laín». Inmútase el anciano, y después de preguntar á Maroto si celebra en la *hermosa pieza*, y de responderle el fraile que sí, suelta un terno... y tras el terno una denominación que es escándalo y azoramiento de todos los que cerca están. Hace el Prior como que no ha oído nada, y siguen.

Se sirve la suculentísima y abundante comida en una salita próxima al refectorio, mientras come la Comunidad, y sólo asisten á ella, á más de los forasteros, el Prior y un monje anciano, el más calificado de la casa. Muéstrase, desde la sopa al café, decidior y jovial el buen Prior, arrancándose á contar salados chascarrillos andaluces de buena ley; y el Conde, aunque con pocas ganas de conversación, y como atacado de tristeza ó nostalgia, se esfuerza en cumplir la tiránica ley de cortesía, riendo todos los chistes, incluso los del Alcalde, el cual, después de un impertinente disputar sobre cosas triviales, barre

para su casa, sosteniendo la supremacía de las pastas españolas para sopa entre todas las del mundo, incluso las italianas. Termina despotricando contra el Gobierno, porque no protege la industria nacional recargando fuertemente en el Arancel... ¡el fideo extranjero!

De sobremesa, propone el Prior un agradable plan para la tarde: siesta, el que quisiera dormirla; después, paseo hasta la casa de labor de abajo, que es la más interesante; visita á los corrales, establos y cabañas, y, por fin, solemnes vísperas con órgano, Salve, etc.

ESCENA IX

Coro de la iglesia conventual de Zaratán.

EL PADRE MAROTO, en la silla prioral. Á su lado EL CONDE DE ALBRIT. Siguen á derecha é izquierda los monjes, ocupando con sus venerables cuerpos más de la mitad de la sillería. En el centro, frente al facistol, los cantores. No hay verja que separe el coro de la iglesia, que es tenebrosa, sepulcral, cavidad cuyos límites y contornos se deslíen en un misterioso ambiente, tachonado por las luces de los cirios. En el fondo lejano se adivina, más que se ve, el altar mayor, disforme carpintería barroca y estofada. Á la derecha un órgano pequeño, nuevecito, de excelente son. Toca con maestría el mismo fraile italiano que antes hablaba de la simiente de alfalfa y remolacha forrajera.

EL CONDE, que sin darse cuenta de ello, entrelaza y confunde su rezo con sus meditaciones.

Señor de los cielos y la tierra, ilumíname, dame la verdad que busco... No muera yo sin conocerla... Que acabe mi vida con mis dudas horribles... *Padre nuestro que estás...* Creí que la

falsa es Dolly, y la legítima Nell... y ahora creo lo contrario: Dolly es la buena, Nell la mala, la intrusa... Señor, que no prevalezca en mi familia la usurpación infame... *El pan nuestro...*

EL CORO

Recordare Domine quid acciderit nobis... Intue-re et respice opprobrium nostrum.

EL CONDE

No me tengas, Señor, sobre esta zarza de las dudas... Me revuelvo en ella, y mi cuerpo es todo una llaga... Dame la verdad, y que la verdad sea puerta para entrar en la muerte... Librame del oprobio de mi nombre, y aparta de mi des-cendencia el deshonor.

EL CORO

Hereditas nostra versa es ad alienos, domus nostre ad extraneos...

Suena con dulcísimos acordes el órgano. Encantado de oírle, el Conde se inclina hacia el Prior para elogiar el instrumento y las hábiles manos que lo tocan.

EL PRIOR

¡Excelente organito!... Regalo de su hijo de usted, el señor Conde de Lain, que nos lo mandó de París. La carta en que me anunciaba este obsequio fué la última que de él recibí.

EL CONDE, que desvaría un poco afectado de la solemnidad del lugar y ocasión, y de la lúgubre poesía que allí emana de todas las cosas.

Pues me lo había figurado... Como apenas veo, mi oído tiene una sutileza extremada, y